
Las Tres Conquistas de Carmen

Manuel Gutiérrez Nájera

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 6117

Título: Las Tres Conquistas de Carmen

Autor: Manuel Gutiérrez Nájera

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 13 de diciembre de 2020

Fecha de modificación: 13 de diciembre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Las Tres Conquistas de Carmen

Nunca he sido fuerte en derecho: soy jorobado, pero, a pesar de eso, me agrada el estudio de la jurisprudencia. Tengo un amigo, juez de primera instancia retirado del servicio, que suele ilustrarme en cuestiones de este género. Anoche tuve el placer de dirigirle por escrito una interpelación, y esta mañana he recibido su respuesta. Como el asunto de que trata es muy interesante, incluyo aquí su carta:

Muy querido amigo:

Aunque me tiño, tengo canas. Y hago a usted esa observación porque me falta al respeto preguntándome lo que me pregunta: ¿Ha tenido derecho el señor gobernador del Distrito a prohibir a las mujeres que no son señoras la entrada al jardín público del Zócalo? Contesto afirmativamente. La autoridad puede, indisputablemente, prohibir esos espectáculos promiscuos, como usted puede, sin que ninguno se lo impida, separar del corral en donde tiene sus gallinas japonesas, los animales que les sean nocivos. Esto es lógico.

En lo que yo presumo que se equivoca la prensa y el gobierno es en la pretendida importancia de esas desgraciadas. Tienen una reputación usurpada, como esos solterones que pasan por peligrosos desde el periodo de Santa Anna y son incapaces de romper un plato. Son como el Teatro Arbeu: todos vaticinamos que se incendiaba la primera noche de su estreno, y Villalonga perdió todos sus dientes antes de que el siniestro aconteciera.

A este propósito, voy a contarle a usted mis impresiones personales. Hace sesenta años, tres días, nueve minutos, que este obediente servidor de usted arribó a México. Mi padre había puesto en mi cartera de cuero..., no de Rusia, tres libranzas de a mil pesos, y me había dicho como en *La Gracia de Dios*: «¡Busca tu vida!». Lo primero que yo busqué para ponerme en orden, fue una chaqueta de mahón, dos botas de vaqueta y tres docenas de paliacates colorados. Puse estas provisiones en un gran

baúl, cerré el candado, y después de las despedidas habituales, tomé asiento en un enorme coche de colleras, cuyo mayoral tenía todas las trazas de un mendigo. Como mi pueblo estaba a cincuenta leguas de México, tardé mes y dos días en todo el viaje. Llegué a la ciudad cuando ya el sol se había puesto detrás de las montañas: era noche de luna, sin embargo, las calles estaban completamente a oscuras. Yo, pobre provinciano que no había soltado aún el pelo de la dehesa, sentí que el corazón se me saltaba al divisar las torres de la Catedral y poner mi planta profana en las losas desquebrajadas de la calle. ¡Estaba en México! Absorto en mis pensamientos y maravillado de mi propia fortuna, me dirigí a la casa de unos tíos que ya estaban dispuestos para recibirme, y en cuya casa, limpia como una taza de plata, pasé mis mocedades. A los quince días conocía ya, como la palma de la mano, todas las maravillas que por aquel entonces encerraba la ciudad: el caballo de Carlos IV, el convento de San Francisco, la Catedral, la Inquisición y la Alameda. Entre otras cosas, conocía a una señora de no muy limpia fama, con quien, no sin grandes tropiezos y remilgos, habíame presentado Vicentito, el niño de la casa. Se llamaba Carmen. Malas lenguas afirmaban que su más poderoso arrimo era un cierto oidor —*un certain dervis*— que, como casi todos los oidores del tiempo virreinal, solía ser sordo. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Carmen era todo lo que se llama una real moza. No estaba ya en sus quince. Mi amigo aseguraba que estaba entrada ya en los veinticinco, pero Dios sabe cuántas semanas, meses o años hacía de eso. Su casa, que estaba casi en las afueras de la ciudad, era de lo más lujosa que se podía obtener en aquel tiempo. En la sala había seis sillas de manzanitas con su correspondiente asiento de amarillo tule, y haciendo veces de alfombra, recorría la pieza una franja angosta de humildísimas esteras, conocidas vulgarmente con el prosaico nombre de «petates». Sobre dos rinconeras elegantes, en cuyas columnas no solamente había manzanas, sino otras frutas y diversas flores dibujadas, estaban dos pantallas hermosísimas, supremo lujo de aquellas épocas felices. Aquél debía ser algún obsequio del oidor. Todo en aquella casa estaba puesto con un lujo idéntico, desde la cama de madera pintada de verde, con *El sacrificio de Abraham* en la cabecera, hasta el pañolón de Malinas que Carmen se prendía con exquisita gracia sobre el seno.

Aquellas fueron mis primeras relaciones amorosas. Conservo aún la cuenta: me costaron quinientos doce pesos.

Veinte años después, como en esa novela de Alejandro Dumas que sirve

de compendio histórico a nuestros escritores cuando hablan de Luis XIV o Richelieu, noté que mi hijo —excuso decir a usted que yo llevaba veinte años nueve meses de casado— comenzaba a romper el cascarón y a salir por las noches de su casa. Comencé a estar inquieto. La experiencia adquirida, a costa de dinero, me hacía sospechar que aquellas deserciones del hogar doméstico tenían un mal carácter, como las suegras y como las picaduras de alacrán. Y en efecto, algún tiempo después recibí una denuncia, sin timbre, concebida en estos términos:

Muy querido compañero:

¿Conoce usted a Circe? Es una española de importación andaluza, en cuyas redes ha caído su hijo de usted, Carlitos. Está mareado y, en atención a mis deberes de compañerismo, pongo en conocimiento de usted lo que ocurre. Es grave, más grave de lo que parece. La Circe de que hablamos come mucho.

Dé usted, pues, una pequeña tunda al despierto mozuelo y cinco vueltas a la llave de su arcón.

José

Postdata. La Circe vive en la calle tal, número tantos.

No sé por qué razón no había leído aún en el año de gracia de 41, la novela que Alejandro Dumas, hijo, publicó con el nombre de *La dama de las camelias*. Presumo que fue porque no se había escrito todavía. Ello es que yo hice exactamente lo que el padre de Armando Duval con Margarita. Tomé las señas de la casa y, por la tarde, mientras Carlos estaba en el despacho, me dirigí a la calle consabida. Dicho sea para bien de la verdad, la casa no era de tan malas apariencias. A la entrada había un largo callejón, en cuyo centro pendía del techo un mezquino farol, lleno de telarañas que, en las noches, debía esparcir una luz dudosa y triste. Entré, subí las escaleras, toqué la campanilla de la vivienda número 18, no sin cuidarme antes de forrar mi mano con el pañuelo para evitar el roce del cordón grasiento; salió una criada, abrió el postigo, viome, entornó la puerta y entré con desenfado hasta la sala. El ajuar era de cerda. En las paredes había cuatro o seis cuadros de esos que representan la historia de Atala o las aventuras dramáticas del último abencerraje, estampas coloridas y encerradas en marcos de madera, con su vidrio verdoso puesto a modo de defensa, y que hoy suelen hallarse en la alcaldía de algún

pueblo rabón o en la sala de algunos baños de a peseta. El espejo que estaba sobre el sofá era bastante grande: tenía una vara de largo y media de ancho. Sonaron pasos, se entornó la puerta, vi aparecer una figura conocida que me tendió los brazos... ¡era Carmen!

Aquellos amores me costaron más: la factura de mi hijo llegaba a mil doscientos pesos...

Hace cerca de veinte días, señor Can-Can, mi hijo, que ha dado ya a la patria diez muchachos, vino a verme. Estaba compungido y cabizbajo. Su hijo el mayor —que cumplirá por Pascua diecinueve mayos— le había dado un gran disgusto, pidiendo alhajas de valor en casa de Zivy, en nombre y a cuenta de su asendereado padre. Poco se necesitó para averiguar el paradero de las consabidas joyas. Estaban en el montepío. Lo más urgente era saber a ciencia cierta en qué había empleado Arturo el valioso producto del empeño. «¿Quién es ella?», decía el corregidor nada bobo de que hablan las comedias. «¿Quién es ella?», dije yo.

Ella era una mozuela que había enredado diestramente al infeliz tontuelo. El padre, menos piadoso que el abuelo, dio una tunda al muchacho. Pero éste, levantisco e insolente, abandonó la casa paterna y pasó fuera de ella todo un día. Yo averigüé el nombre y la residencia de aquella nueva Circe y fui a su casa. Es una habitación baja. La pieza adonde entré está amueblada con cierta elegancia. Cuatro grabados y dos cromos adornan las paredes. Los grabados representan a algunas damas vestidas de verano; los cromos figuran el refectorio y la bodega de un convento, con sus enormes pipas de clarete y sus frailes mofletudos y rechonchos. Sobre la consola de madera fina está un espejo con su gran marco dorado, y en la luna, más o menos veneciana, se refleja un reloj de bronce, cuya figura principal es un Amor en traje de baño. Hay un sofá, cuatro sillones y media docena de sillas. En la mesa del centro se levanta un cincelado tarjetero de marfil, y alrededor, amontonados como los burgueses que asisten a unos fuegos de artificio, empinan sus cabezas, bien peinadas o cubiertas por el sombrero de amarilla paja, algunos pastores de ópera cómica hechos con porcelana colorida.

No esperé mucho tiempo. A poco rato apareció la dueña de la casa. Era Carmen. Aquellos amores de mi último descendiente me costaron algo más que los añejos. La consumición, como dicen los galiparlistas de café, ascendía a tres mil pesos.

Calcule usted, amigo mío, si pueden ser peligrosas esas damas que han pasado por tres generaciones, como los cubiertos de plata y los tápalos de China. Quienes caen presos en sus redes son de seguro tontos... en ese número, caballero, nos contamos mi nieto, mi hijo y yo. Hago a usted gracia de las muchísimas razones que podría alegar para poner en claro cómo la ruina de los tontos es buena y conveniente para la sociedad.
B.S.M.

C. de Z.

Hasta aquí la carta. No agregaré una frase más. Ya dije más arriba que no puedo escribir sobre derecho: soy jorobado.

Manuel Gutiérrez Nájera



Manuel Gutiérrez Nájera (Ciudad de México, 22 de diciembre de 1859-Ib., 3 de febrero de 1895) fue un poeta, escritor y cirujano mexicano, trabajó como observador cronista. Debido a que trabajó en distintos hospitales, utilizó múltiples seudónimos, no obstante, entre sus contertulios y el público, el más arraigado fue El Duque Job. Se le considera el iniciador del Modernismo literario en México.

Se le considera el dios del Modernismo literario en México. Perteneció a

una familia de clase media. Sus padres fueron Manuel Gutiérrez de Salceda Gómez y María Dolores Nájera Huerta. Fue escritor y periodista durante toda su vida. Inició su carrera a los trece años, escribió poesía, impresiones de teatro, crítica literaria y social, notas de viajes y relatos breves para niños. El único libro que vio publicado en vida se tituló El Duque, una antología de cuentos a la que llamó Cuentos Frágiles (1883). Gran parte de su obra apareció en diversos periódicos mexicanos bajo multitud de seudónimos: "El Cura de Jalatlaco", "El Duque Job", "Puck", "Junius", "Recamier", "Mr. Can-Can", "Nemo", "Omega", que utilizaba para publicar distintas versiones de un mismo trabajo, cambiando la tu firma y jugando a adaptar el estilo del texto según la personalidad de que le proveía su firma.

Gustó de lo afrancesado y de lo clásico, habitual entre los intelectuales mexicanos y la alta sociedad de su tiempo. Nunca salió de México y en pocas ocasiones de su ciudad natal, pero sus influencias fueron escritores europeos como Musset, Gautier, Baudelaire, Flaubert y Leopardi. Siempre anheló unir el espíritu francés y las formas españolas en su obra.